



Proceso al Progreso

Ángel Tello¹

“O se vive la vida de un consumidor dependiente de los desarrollos tecnológicos o materiales, entregado al supuesto progreso, o se reencuentra la propia responsabilidad interior, que se dirige no sólo hacia uno mismo, sino también hacia los demás”.

Esculpir en el tiempo

Andrei Tarkovski

Desde hace mucho tiempo se le asigna a los medios mecánicos, aún muy rudimentarios, la capacidad de modificar hábitos y costumbres de los seres humanos, para bien o para mal. En el caso particular de los conflictos armados, ello ha estado muy presente desde la Ilustración hasta nuestros días con afirmaciones, políticas y acciones que han sido refutadas por la realidad. *El hombre decide en todo*, sentenciaba el líder chino Mao Zedong, a lo que podría añadirse aquello de que “Las máquinas no hacen la historia, ayudan a que los hombres la hagan” de Raymond Aron.

Durante el mes de febrero de este año, el coronel del ejército francés Francois-Régis Legrier publicó un artículo en la “Revue Défense nationale”, al poco tiempo retirada de circulación por “orden superior” (1) La nota se titulaba *La batalla de Hajin: ¿victoria táctica y derrota estratégica?* Este episodio bélico tuvo lugar entre los meses de septiembre de 2018 y enero de 2019 en el pequeño poblado de Hajin sobre el río Éufrates; allí, efectivos militares franceses actuaron de manera combinada con soldados norteamericanos cuyo objetivo era derrotar a elementos de Estado Islámico (Daesh) que se habían apoderado del pueblo. Observa este oficial

¹ Doctor en Relaciones Internacionales, por el Instituto de Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional de La Plata (IRI – UNLP). Ex Viceministro de Defensa, República Argentina. Coordinador del Departamento de Seguridad Internacional y Defensa (IRI – UNLP)





superior francés que durante el siglo XIX la suerte de una batalla en la que intervenían algunos miles de hombres se podía decidir en pocos días, mientras que en el siglo XXI, para doblegar a dos mil combatientes sin apoyo aéreo ni elementos de guerra electrónica, sin satélites ni fuerzas especiales, fueron necesarios cinco meses. Dos observaciones importantes realiza este alto oficial, por un lado, los malos resultados que presentan la guerras por procuración, en este caso llevada adelante por tropas terrestres del Frente Democrático Sirio; por otro, el empleo de bombardeos masivos efectuados por la Fuerza Aérea de los Estados Unidos que terminaron por arrasarse un pueblo. Ello ha sido la consecuencia de la idea del “cero muerto”, obviamente los propios y no los ajenos, de gran influencia en los líderes políticos de los países occidentales y que presenta como resultado la reticencia al envío a los campos de batalla de efectivos terrestres. Los ajenos, en estos casos, se incluyen en la lista de los “daños colaterales”. Pregunta entonces Legrier: ¿para qué tener ejércitos si no se los puede emplear?, respondiendo parcialmente: “¿el enemigo fue afectado en su moral y en su voluntad de combate? Evidentemente no”, y concluyendo que el objetivo de la operación se ubicaba en estirar en el tiempo la presencia de los Estados Unidos a fin de contener a Irán más que eliminar a Daesh. Esto se confirmaría en los meses que siguieron a la operación por medio del fuerte repudio de la población a los bombardeos masivos e indiscriminados, lo que aparece correctamente reflejado en una parte del título del artículo mencionado. *¿victoria táctica y derrota estratégica?*

René Descartes, preocupado e indignado por las guerras de religión que azotaron el continente europeo y frente a las cuales éste no encontraba una explicación racional, buscó refugio en las matemáticas y en el desarrollo de un método que perdura hasta la actualidad. En lo relativo al pensamiento de la guerra, eminentes pensadores en los siglos XVII y XVIII trataron de comprender esta actividad eminentemente humana a partir de las matemáticas y de las capacidades que ofrecían los sistemas de armas de la época. Carl von Clausewitz rompió con esta tendencia ubicando al ser humano, a la política de los Estados y los valores morales en el centro de la escena y de la explicación, elaborando una teoría revolucionaria para su tiempo válida hasta nuestros días.





Los positivistas no han sido ajenos a esta tendencia y menos aún Marx, para quien el ser humano considerado como engranaje, era parte de una maquinaria poderosa que lo oprimía y anulaba, por aquello de que “el ser social *determina* la conciencia”. Aplicando de manera rigurosa el método dialéctico del que el creador de la Primera Internacional se ufanaba, no podemos menos que considerar la antítesis a esta formulación, es decir la conciencia *determinando* el ser social, el ser humano con sus valores y creencias, ocupando el centro de la construcción social, el alfa y omega de todas las cosas.

Hoy podemos observar en el pensamiento occidental respecto a los conflictos armados una tendencia marcada a considerar a las máquinas como el elemento fundamental a partir del cual se deben pensar y diseñar planes y acciones. Esta tendencia no es nueva y ha impregnado en el pasado, e impregna en la actualidad buena parte del pensamiento estratégico norteamericano de enorme peso en Occidente. Más allá que, de acuerdo con lo que observa Hubert Védrine, “Occidente perdió el monopolio del relato”.

Las armas nucleares le ahorraron a la humanidad una gran conflagración durante décadas que, de producirse, habría acabado con todo atisbo de vida en la Tierra. Aunque hoy, lamentablemente, no podemos afirmar de manera rotunda que esta realidad habrá de mantenerse a partir de la presencia de nuevos e impredecibles actores que poseen arsenales nucleares.

Los ciber ataques sobre territorios y poblaciones permiten actualmente causar daños inconmensurables al desarrollo de las sociedades y las naciones. La existencia de tecnologías militares cada vez más sofisticadas otorga a los decisores mayores capacidades de destrucción por debajo del umbral nuclear, estimulando a su vez las concepciones más inhumanas e impersonales de aquellos que las emplean. Ello en cierta medida hace realidad la idea del “cero muerto” mediante, por ejemplo, el empleo de drones.

En este último caso, el oficial de la USAF David Deptula nos dice “proyectar poder sin proyectar vulnerabilidad”, ubicando a los drones en el centro de un sistema de armas que no arriesga vidas propias y reduce al enemigo a un blanco a destruir, una suerte de presa a la cual se debe cazar, sin importar su rostro, creencias o sentimientos. En cierta forma transforma tanto al que emplea el arma, el verdugo, como a la





víctima, en una sola cosa sin alma ni remordimientos, y en este punto guarda una curiosa similitud con el terrorista suicida que también mata a un inocente sin rostro.

Así llegamos al punto más alto de la instalación de una fe excesiva en los análisis cuantitativos, en la matematización de la guerra sin considerar los valores y creencias que hacen a la mismísima esencia de la misma, dicho de otra manera, sin seres humanos y con máquinas operando hoy los drones, mañana quizás los robots. Observa al respecto David Kilcullen: “El empleo de drones presenta todas las características de una táctica. O más precisamente de un elemento tecnológico, en tren de reemplazar a una estrategia”.

La mundialización está signada por una creciente polaridad económica entre los que poseen el capital y otros -la inmensa mayoría- que carecen de todo. Ello se expresa en la diferencia entre la doxa occidental neoliberal y consumista, y miles de millones de seres humanos que se arrojan en sus valores, tradiciones y creencias frente a un mundo desarrollado, al cual ven como dominador, agresivo y carente de valores trascendentes. En el campo polemológico, esta oposición se da entre poderes con enormes capacidades militares producto del desarrollo científico y tecnológico; y otros que sólo cuentan con sus cuerpos y el número para hacerse oír y respetar. Ello genera una ética de la autopreservación vital en el primer caso, y otra ética del sacrificio heroico en el segundo. Estableciendo en ambos casos una particular relación con la muerte, la propia y la del otro.

Durante buena parte del siglo pasado y el actual, las armas nucleares han facilitado la emergencia de un pensamiento estratégico basado en cálculos matemáticos, e instalado la idea de que “el fin justifica los medios”, en nombre de la cual cualquier acción, buena o mala, se hallaba permitida. Sin embargo, medios inmorales producen fines inmorales, por aquello que sostenía el ex primer ministro británico Disraeli cuando decía “...en democracia, los medios justifican los fines”. Estas creencias conducen a considerar al adversario como enemigo, como alguien a quien es imprescindible abatir, aniquilar, sin miramientos ni dudas, empleando para ello todos los medios tecnológicos, todas las máquinas, disponibles. En este escenario, el fin se pega al medio, la táctica deviene estrategia y la consideración puramente militar termina ocupando el lugar de la política. La guerra





entonces, según la apropiada *Fórmula* de Clausewitz, no es la continuación de la política por otros medios, sino la política deviene en la guerra por otros medios. Aplicándose en este caso la célebre cita de Mark Twain cuando sostenía: “Si sólo tengo un martillo, todos los problemas son clavos”.

La relación medios-fines, máquinas-seres humanos, hoy tan presente y discutida en los escenarios donde tienen lugar los conflictos armados más importantes y decisivos, muestra una vez más la centralidad del ser humano, de sus creencias, tradiciones y valores en la resolución de aquéllos más allá de los instrumentos tecnológicos empleados.

En síntesis, desde fines de la Segunda Guerra Mundial, tal como lo observaba el Profesor Jean Bernard, la humanidad ha realizado avances como nunca antes en toda su historia merced a los aportes decisivos de la ciencia y la técnica, sin embargo, seguimos pensando a los seres humanos con las categorías de Platón y Aristóteles. Por ello, si bien la idea de progreso debe ser valorada y apreciada; en su nombre no puede reducirse a los actores centrales, hombres y mujeres, a meros ingenios mecánicos sin alma, valores, deseos y creencias.

Dr. Ángel Tello

(1) Francois-Régis Légnier. Extractos del artículo publicado en el diario *Le Monde*. Paris. 26 de febrero de 2019

